

Programa Económico: asignatura pendiente

El programa económico del Gobierno no sale. Primero fue el presupuesto, con siete meses de retraso; ahora es el programa económico, y dicen que el presupuesto para 1980 también va retrasado. De modo vergonzante, en unos pocos días, el Gobierno se saca de la manga el Plan Energético Nacional, el Presupuesto Nacional y el programa económico, con la esperanza de que, dadas las fechas y las circunstancias, pasen lo más inadvertidos posible. De momento, como decía Luis Ignacio Parada en el diario económico "5 días", el programa se queda para septiembre. Es una asignatura pendiente más, que lleva con ella toda la frustración de las lecciones mal aprendidas y peor recitadas.

En el momento de redactar los presupuestos para 1979, el Gobierno quedaba empavorecido por el alcance del déficit del sector público alcanzado en la primera mitad de este año. Ya comentamos en estas mismas páginas cómo este déficit, que había sido planteado en el mes de noviembre último con excesiva moderación, pasaba a ser realmente alarmante a la vista de los gastos habidos en el primer semestre. Sin embargo, las cosas parecen mucho peor: el déficit se calcula en 400.000 millones de pesetas y el Gobierno aspira a reducirlo a 300.000 millones. En el mismo sentido, cálculos de la Banca privada remontan este déficit hasta los 600.000 millones.

Respuesta a la crisis: se presenta en el Pleno del Congreso la Ley sobre Régimen Transitorio de la Imposición Indirecta. Un hecho significativo: a la hora de gravar con impuesto de lujo los automó-

viles no se hacía con carácter progresivo, sino a base de un impuesto único del 26 por ciento.

De la misma manera, durante la discusión del Plan Energético la opción nuclear era favorecida y protegida por el Gobierno, porque —consideraciones técnicas aparte— una multinacional tan importante como la Chevron (llamada también SOCAL, Standard Oil of California, una de las "siete hermanas"), al alimón con la Junta de Energía Nuclear y el Banco de Bilbao se está dedicando a la explotación de minas de uranio en España. Si a esto unimos las presiones que las multinacionales de la alimentación ejercen contra una posible racionalización del sector agrario, tendremos un buen panorama de lo que significa la inversión exterior, tan alabada por mucha gente, cuando lle-

ga el momento de la verdad.

También el gran capital quiere su parte. Lo de Olarra y Aznar ha sido mano de santo. En cuanto el sector exportador ha amenazado con suspensiones de pago, se ha comenzado a hablar de devaluación de la peseta. En cuanto al sector eléctrico, con los Oriol a la cabeza, ha levantado un dedo, el Gobierno se ha apresurado a aumentar las previsiones energéticas futuras.

También la influencia de la CEOE ha conseguido dejar su huella sobre el Estatuto del Trabajador y ha conseguido crear una cortina de humo sobre las subidas salariales, que apenas han conseguido las centrales hacer llegar a los oídos del Gobierno.

Con todos estos condicionantes, al programa económico todo se le han vuelto permisos. Para empezar, hubo

que consultar a la Banca, porque, como ya se sabe, ésta hace el gran agosto en el río revuelto de la crisis. Como decía recientemente un editorial de "El País": "La liquidez en poder de los Bancos aumenta debido principalmente al alza espectacular de los depósitos a plazo y a las bajas cifras de concesión de créditos. Los ahorradores prefieren el dinero al contado a la compra de acciones u obligaciones, e incluso a la adquisición de casas y terrenos". Así que la gran Banca ha tenido que ser consultada por los responsables económicos del Gobierno antes de hacer público su plan. De la misma manera, algunas grandes patronales han sido consultadas. Lo cual no puede decirse, en el mismo sentido, de las organizaciones sindicales.

Con 165 folios de extensión, el programa económico del Gobierno duerme, de momento, el sueño de los justos en las carteras ministeriales. El Pleno del Congreso ya no tendrá acceso oficial al mismo hasta el mes de septiembre, y para entonces se confía que los ánimos se habrán enfriado lo suficiente. Máxime tras sacar adelante, haciendo caso omiso de la oposición, asuntos tan espinosos como el Plan Energético. A lo peor, nos encontramos que muchos de los capítulos del programa —Seguridad Social, INI, empresas públicas, etcétera— resultan un bodrio también. Claro que para entonces se apelará a la urgencia y a la necesidad de contar con un plan económico por mediocre que éste sea. Y si no se creen sus razones, la votación en el Pleno se impondrá. Al final, los respetos al gran capital industrial, a la Banca y a las multinacionales quedarán a salvo. ■ R. C.

